



# SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 27.

JUEVES 11 DE SETIEMBRE DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

LAS ARTES Y EL COMERCIO EN EL JAPON.—SOR MARTA MARIA: historia holandesa. (Continuacion).—LOS COCODRILOS DEL GANGES.—FERNANDO III, EL SANTO.—RECUERDOS DE VIAJES.—LAS FIESTAS DE BODAS ENTRE LOS SALVAJES, por Chateaubriand.—LOS TRES RAMOS VERDES, cuento alemán por Grimm.—EL PALACIO DE RIOFRIÓ.—UN SUEÑO DE QUINCE AÑOS, romance por Joaquín Ponce de León.—ECONOMIA DOMESTICA: Los clavos de especias.—NOTICIAS Y CURIOSIDADES.

## LAS ARTES Y EL COMERCIO EN EL JAPON.

Respecto á las manufacturas, bastará decir que hacen todo lo que necesitan para su uso; que su porcelana ha degenerado mucho de su primitiva superioridad, debiéndose, segun se dice, á la escasez de una especial arcilla fina, de la que se formaba; y que sus mas hermosas sedas son biladas por los criminales de la alta clase, quienes están confinados en una pequeña, pedregosa é improductiva isla, privados de su propiedad y obligados á pagar sus alimentos, que se les llevan por el mar, con el producto de su trabajo. La esportacion de estas sedas está tambien prohibida.

Tocante al comercio, el tráfico exterior se limita en el día á los dos buques holandeses y doce juncos chinos, que van allí todos los años. Ni es esto todo. El valor de los cargamentos que estas embarcaciones esportan, está tasado, para los holandeses, en unos 7.200,000 reales y para los chinos en mucho mas de la mitad. Los objetos esportados se han disminuido progresivamente, hasta quedar reducidos casi al alcanfor y al cobre, y la cantidad de este último es motivo de continuas disputas entre la factoría holandesa y el real fisco de Nagasaki, porque el gobierno teme que se agoten las minas.

El comercio interior es, segun parece, muy considerable, proviniendo su actividad é importancia de la variedad de productos resultantes de la variedad de climas. Las tres islas principales, Nippon, Kiusin y Sikokf, se cree tienen un área de 90,000 millas cuadradas, y agre-

gando las pequeñas y sus dependencias, las Luchu al Sur, y Yezo y el archipiélago de las Kuriles al Norte, el imperio del Japon se estiende de los 24° á los 50° de latitud Norte, y de los 123° á los 150° de longitud Este. Asi sucede, que las islas septentrionales, aunque por lo general no son bastantes cálidas para las cañas de azúcar, producen la mayor parte de las frutas de los trópicos, mientras las del Norte dan las de las zonas templadas. Los montes abundan en riquezas de todas clases y los distritos volcánicos en azufre. Las minas de plata en Tsusima fueron conocidas y elaboradas desde el año 674. El gobierno protege, alimenta y facilita con mucha diligencia este comercio interior.

El dinero que circula en el Japon es de oro, plata y cobre; pero solo las piezas de oro y las mayores de plata, pueden llamarse propiamente monedas. Llevan la rúbrica de la casa de la moneda, y tienen un valor determinado; las piezas mas pequeñas de plata y todas las de cobre se reciben al peso. En algunos principados circula tambien el papel moneda, y las letras de cambio están en uso entre los comerciantes.

Hay un correo establecido para todo el imperio, el cual, aunque á pie, se dice hace admirables expediciones (Siebold). Cada mensajero va acompañado de un socio ó pareja, para precaver la posibilidad de una dilacion ocasionada por cualquier incidente. Los hombres corren con la mayor ligereza, y cerca del punto donde han de detenerse hallan á los que los han de relevar esperándoles, y los entregan el paquete en cuanto están al alcance uno de otro. El mas elevado príncipe del imperio, si encuentra al conductor en el camino debe cederle el paso y cuidar de que su carrera no sea obstruida por nadie.

En tierra los géneros son llevados por caballos y bueyes; pero la principal conduccion de las mercaderías se hace por agua, y para navegar en sus rios y lagos, pescar en las costas y aun cruzar el mar de una isla á otra, los bu-

ques japoneses son mas que suficientes. Una especie de ley sobre la navegacion prescribe la forma que deben tener estos, requiriendo sean frágiles (Fischer) la popa y el timon, á fin de que un mar un poco fuerte, pueda llevarse con facilidad el último ó abrir un agujero en la primera: medida muy eficaz para impedir las voluntarias tentativas de un viaje largo, pero que ha sido causa de la pérdida de algunos buques pescadores y costeros.

Casi todas las embarcaciones japonesas están construidas para velas y para remos. Las mayores cargan sesenta toneladas y llevan un pesado mástil con una inmensa vela cuadrada, y otra mas pequeña tambien con su vela en la proa. Los remos son muy largos y no los sacan del agua al remar. Los remeros permanecen siempre en su sitio y se dice que impelen el buque con extraordinaria velocidad. Los marineros son por lo general intrépidos y prácticos: las pescas muy productivas y los pescadores, están siempre trabajando, porque el pescado es el principal alimento del pueblo.

En la agricultura, los japoneses son igualmente dignos de elogio. Con escepcion de los caminos y de los bosques necesarios para las maderas de construccion y el carbon, apenas se encuentra un pie de terreno que no esté cultivado, aunque sea en las mismas cimas de las montañas (Meylan). Donde no puede llegar el arado, se sustituye la labranza á mano. El suelo es naturalmente estéril; pero la labor que se le administra, ayudada de los oportunos y convenientes riegos y de todo el estiércol que recogen, destruye sus defectos naturales.

El grano que principalmente cultivan es el arroz, que se dice es el mejor que produce el Asia. Tambien siembran cebada y trigo, la primera para alimentar al ganado, el último para hacer tortas y soy ó salsa, mediante su fermentacion bajo tierra con una especie de haba y sal. Se cultivan tambien legumbres de todas clases, algunas verduras y variados tubérculos, lo mismo que las moreras para la cria de los gusanos de seda, pero este artículo del Japon



se dice es de inferior calidad que el de China. Obtienen del jugo de un árbol azúcar bastante malo.

Pero el grande objeto del cultivo, despues del arroz, es el té. Fue introducido en el imperio casi al principio del siglo IX, cuando el bonzo Yeitsin, volviendo de China, presentó la primera taza de esta bebida al mikado Saga. Su consumo, en el día, es extraordinario. Además de las grandes plantaciones, donde se siembra y prepara para la venta, todos los vallados de las heredades son de dicha planta, y proporcionan el que han de beber la familia y trabajadores del dueño. La especie mas fina necesita un especial cuidado (Siebold). Las plantaciones están situadas lejos de las casas, pues sufrirían mucho con el humo, las impurezas ó las emanaciones de cualquier género. Se abonan con anchoas secas, y un licor estraido de la mostaza: deben recibir sin obstáculo los rayos del sol matinal, y la planta crece mejor en las laderas de las montañas bien regadas. La podan para que tenga luego mas ramaje, y por consiguiente, sea mas productiva, y ha de contar á lo menos cinco años antes de que se recojan las hojas.

El procedimiento de la recoleccion del té, ó mejor el de almacenar la cosecha, es uno de los mas delicados. Las hojas se dividen en finas y bastas, cuando las arrancan, y no se recogen por el día sino las que puedan secarse antes de anocheecer. Dos modos hay de secarlas, llamados el procedimiento seco y húmedo. En el primero, se echan las hojas en una vasija de hierro, donde se las hace tostar, y despues se colocan sobre una estera, y se las arrolla con la mano. Durante esta operacion, que se repite cinco ó seis veces, hasta que están bien secas, despiden un jugo amarillento. En el segundo, se las coloca dentro de una vasija, que recibe la accion del vapor exhalado por el agua hirviendo, y allí permanecen hasta secarse bien; en seguida se las arrolla con la mano, y se las hace secar aun mas en una vasija de hierro, ó en una sartén. Preparado de este último modo, el té conserva un brillante color verde, y su calidad narcótica. De aquí proviene la opinion del doctor Siebold, á saber: que toda la diferencia entre el té negro y verde, consiste en el modo de secar las hojas, y no en el deletéreo uso del cobre, como comunmente se cree. La peculiar accion del té verde sobre los nervios, la atribuye á la cantidad y calidad de su jugo amarillento, retenido en el procedimiento húmedo. Sin embargo, debe recordarse que, segun Linneo, son plantas distintas, y que en los mejores jardines botánicos de Europa, por ejemplo, en Leyden, donde ahora reside Siebold, se enseñan dos plantas, con las hojas algo diferentes en la forma, que se dice son de las que provienen el té negro y el verde. Pero volvamos al Japon.

Sus hábiles jardineros debian ponerse mas bien en la clase de los artistas ó artesanos, que en la de los labradores. Se distinguen sobremanera en el arte de acortar y alargar todas las producciones naturales. Se enseñan en los diminutos jardines de las ciudades, árboles de todas clases, de tres pies de altura, y otros tantos de diámetro la copa. Estos árboles enanos se crían en macetas, y cuando su ramaje frondoso adorna su tronco torcido, se ha llegado á la perfeccion. El presidente Meylan vió, en el año 1826, una caja de una pulgada de diámetro y tres de alto, donde crecian un bambú, un cerezo y un ciruelo, el último en flor. El precio de esta portátil alameda era de 1,200 gulden holandesas, ó unos 9,600 reales.

En el extremo opuesto, Meylan describe ciruelos, cuyas flores eran cuatro veces mayores que las rosas de palma, y rábanos que pesaban de cincuenta á sesenta libras.

Debe tambien añadirse que el Japon abunda en cedros capaces de rivalizar con los tan afamados del Libano.

El imperio no contiene carneros, cabras, cerdos ni asnos; el cultivo universal concede poco espacio á los animales silvestres, y sin embargo, se encuentran ciervos, cuya carne es uno

de los platos mas usados en las mesas; tambien hay zorras que se consideran como emblemas, si no encarnaciones del espíritu malo, y por consiguiente, las destruyen.

#### SOR MARTA MARÍA.

HISTORIA HOLANDESA.

(CONTINUACION.)

Mientras Herbert estaba hablando la jóven se animaba; creía ver lo que le decia; sus ardientes ojos se fijaban en el horizonte como queriendo traspasar sus límites, su boca se abria como para respirar el aire de la montaña; pero luego pasándose de súbito la mano por los ojos, y suspirando profundamente exclamó:

—¡No, no, es preciso permanecer aquí!... Herbert, este es mi país; ¿por qué me hace padecer tanto? ¿por qué me oprime con tantas desgracias? En sueños me acuerdo de otro cielo... de otra tierra pero ¡no es mas que un sueño! Aquí he nacido, y no he traspasado nunca los límites de esta pradera. Mi madre es quien me ha cantado muchas veces al lado de mi cuna las baladas y los boleros de Sevilla, su patria; me ha hablado mucho de la España, y amo ese país desconocido como se quiere á un amigo ausente que se desea volver á ver!...

La jóven echó una mirada triste y distraída hácia el río, que principiaba á cubrirse con una espesa niebla. Algunas gotas de agua principiaron á caer sobre las hojas; cruzóse la mantelita sobre el pecho, y tembló en todo su cuerpo estremecida por el frío.

—¡Márchate, Cristina, estás mala! ¡vuélvete á tu casa; y ya que no quieres aceptar mi hogar, vete con los que pueden darte el calor y el abrigo!

Una dulce sonrisa asomó á los labios de Cristina.

—Amigo mio,—contestó,—prefiero la lluvia que moja mis cabellos, esta rama tosca y dura; prefiero este viento que me hace estremecer de frío á tu lado, que estarme sentada en casa, lejos de tí junto á la lumbre de la chimenea. ¡Ah! ¡con qué felicidad, con cuánta confianza, apoyada en tu brazo, iria á pie corriendo todo el mundo sin otro bien que tu amor; sí... sí!...

—¿Qué es lo que te detiene, Cristina? es el afecto de tu padre, la ternura de tus hermanas, la felicidad de la casa paterna?

Cristina palideció.

—¡Haces mal, Herbert, haces mal en hablarme así! Sé muy bien que mi padre no me quiere, que mis hermanas no son buenas para mí, que mi existencia es triste, lo sé. ¡Ah! ¡sí, lo sé... sé sobre todo que te amo, y que me iria contigo... si mi madre quisiera consentir!

El jóven miró á su amada con asombro.

—¡Qué niña eres!—le dijo,—jamás tu madre consentirá en ello; esas son cosas que no pueden hacerse sin tener en el corazón fuerzas y voluntad para ello, ni tampoco se debe escuchar la opinion de los demás; tu madre no dirá nunca que sí.

—¡Puede ser que lo diga!—respondió Cristina con una voz grave y lenta;—mi madre me ama, yo me parezco á ella, y su corazón conoce bien el mio. Mi madre sabe lo que dice el Evangelio: que la mujer dejará á su padre y á su madre para seguir á su marido; sabe mi amor, y desde que la puerta de mi casa está cerrada para tí, no he vertido una sola lágrima sin que mi madre no la haya sorprendido, y que al instante mismo no haya brillado otra en sus ojos en respuesta á la mia. ¡No conoces á mi madre, Herbert! Tengo el presentimiento de que ha padecido mucho; que sabe que es necesario un poco de felicidad en la vida, como es necesario el aire para respirar. No, en verdad, no estrañaría que un día, al besar mis cabellos, como lo hace todas las noches cuando estamos solas, me dijese: ¡Anda vete, pobre hija mia!

—No puedo creerlo, Cristina. Te dirá que es necesario obedecer, consolarse, olvidar; y entre tanto yo moriré!

—¡Olvidar, Herbert! Mi madre no olvida,

se acuerda toda su vida. El olvido es el recurso de los corazones débiles y cobardes; no, nadie me dirá á mí nunca que te olvide.

Y los ojos de Cristina brillaron otra vez con un fuego sombrío; pero en su frente de quince años, eso era como el rápido fulgor de una luz que alumbra un segundo y se apaga, era una revelacion del porvenir de aquella mujer, mas bien que la expresion del momento presente. Estaba dotada de un alma ardiente, pero que no habia desgarrado aun todos los velos de la infancia: á veces luchaba por abrirse paso, y habia momentos en que, á beneficio de sus esfuerzos, lo lograba, y entonces una palabra, un grito, revelaba su presencia.

—No, no olvidaré nunca,—añadió Cristina,—no: pues te amo, y tú me amas, á mí á quien tan poco me quieres! No me creas loca, caprichosa, ni rara: tú comprendes mis sueños, los mil pensamientos que me devoran. Soy muy jóven, Herbert, y sin embargo con mi mano en la tuya te respondo del porvenir de toda mi vida. Te amaré siempre... y... mírame, no lloro. Creo en la felicidad de este amor; ¿cómo? ¿cuándo? lo ignoro: ese es un secreto del Dios que me ha creado y que no puede haberme puesto en la tierra mas que para sufrir. Me enviará la felicidad cuando quiera, pero la enviará. Sí, soy jóven, estoy llena de vida; necesito aire y libertad; no viviré encerrada, oprimida aquí. El mundo es grande, lo recorreré; mi corazón está lleno de amor, y amaré siempre. Vamos, no llores, amigo mio, los obstáculos desaparecerán, sí, mil veces sí; yo quiero ser dichosa.

—¡Y bien! Cristina, amiga mia, esposa mia, ¿por qué hemos de esperar mas? una ocasion perdida no vuelve á hallarse: á veces un minuto decide de toda la existencia... Acaso en este momento la felicidad está ahí, cerca de nosotros! ¡acaso soltando esta barca y remando un poco despues para apartarnos del río, nos veamos unidos para siempre!... puede tambien que si vuelves á poner el pie en la tierra, nos separemos hasta la eternidad. Oh, Cristina, ven; el aire se levanta, aquí en mi lancha tengo una vela que impelida por el viento nos llevará tan rápidamente como si tuviéramos las alas de ese pájaro que atraviesa el espacio.

Las abrasadas mejillas de Cristina se inundaron de lágrimas; la tierna jóven miraba trémula á su amigo, al horizonte, pensaba en la libertad! titubeaba, una lucha terrible agitaba aquel alma juvenil. Entonces, escondiendo su cabeza entre las ramas de los sauces, pasó sus brazos alrededor del tronco del árbol que la sostenia, como para resistir al deseo de resbalar en la barca; luego, con una voz oprimida, murmuró estas palabras: «¡Madre mia!» Algunos segundos despues, Cristina, levantando su pálido rostro, replicó pausadamente:

—¿A quién hablaría mi madre de su querido país, si yo me fuese? ¿Quién lloraría á su lado, cuando ella llora, si yo me fuese? Tiene otras dos hijas, es verdad, pero son alegres y felices no se le parecen en nada; solo mi madre y yo estamos tristes en casa. Mi madre moriría con mi ausencia: necesito su adiós, su bendicion, ó debo permanecer á su lado, helada como ella con este clima, encerrada en esas paredes, maltratada por aquellos que no saben amar. Herbert, no me iré contigo, esperaré. Hasta la vista, amigo mio!

E hizo un movimiento para ganar la orilla.

—¡Un instante mas! ¡un instante, Cristina, tengo miedo!... un glacial presentimiento hiela mi corazón. ¡Amiga mia! ¡si no nos viésemos mas!... ¡ah! ¡este sauce, esta barca, este rincón de tierra cubierto de musgo ó de cañas, tú, tú, aquí, á mi lado!... ¡acabo de pasar tal vez la mejor hora de mi vida!

Y el jóven se deshacía en lágrimas, escondiendo su cabeza entre sus manos.

El corazón de Cristina palpitaba con violencia, pero á pesar de eso tuvo ánimo y deslizándose por el tronco del árbol hasta el suelo, y quedándose separada de la barca que no podia acercarse del todo á la orilla, exclamó:



—Adios, Herbert: seré tu esposa, tu amante y fiel esposa; lo seré, ¡oh! sí; te lo juro! Roguemos ambos á Dios para que haga llegar pronto esos tiempos felices! ¡Adios, te amo! ¡Adios, y hasta otra vez, porque te amo!

El cercado de cañas y de sauces se entreabría para dejar un paso libre á la jóven: oyéronse crujir algunas pequeñas ramas bajo sus pies, un poco de ruido en la yerba y en las zarzas, como cuando un pájaro levanta el vuelo, y un instante despues volvió á reinar el silencio en aquellos lugares.

Herbert se quedó llorando.

Las ocho estaban dando en el reloj de la casa de los ladrillos encarnados. La familia del comerciante Van Amberg se hallaba reunida para almorzar en la antesala que servía de comedor.

Solo faltaba una persona: Cristina no había vuelto aun. Carlos Van Amberg, el jefe de la familia, estaba en pie junto á la chimenea, y á su lado estaba su hermano, que aunque de mayor edad, le había cedido sus prerrogativas dejándole dueño de la casa. Mad. Van Amberg cosía cerca de una ventana, y sus dos hijas mayores, blancas y rubias holandesas, se ocupaban en disponer el almuerzo.

Cárlos Van Amberg, el temido jefe de toda esta familia, era un hombre de alta estatura; tenía algo de duro en su modo de andar, y una gran de inapacibilidad en toda su fisonomía. Su cara, cuyos rasgos parecían al primer pronto insignificantes, denotaban sin embargo un carácter dominador é impetuoso. Sus ademanes eran fríos: hablaba poco; no alababa nada jamás y criticaba algunas veces en términos secos é imperiosos. Su mirada precedía á su palabra, haciéndola casi inútil, tanto aquellos ojos, de un azul claro, hundidos y pequeños, poseían el don de hacerse entender cuando quería.

Solo con su ambición y su paciencia se podía haber hecho una fortuna como la suya. Nunca querido, aunque siempre respetado, su firma valía oro en los mercados. Dueño absoluto de su casa, á nadie le venía la idea de resistir á ninguna de sus voluntades, que eran la suprema ley ante la cual se inclinaban todos.

En el momento de que hablamos, estaba apoyado sobre la chimenea: su traje enteramente negro, aunque era sumamente sencillo, no carecía de una austera elegancia.

Su hermano, Guillermo Van Amberg, con una naturaleza enteramente diferente de la de Cárlos, hubiera sido muy pobre, con lo poco que heredó de sus padres si su hermano no se hubiese propuesto el hacer una gran fortuna. Guillermo entregó á Cárlos lo poco que poseía, diciéndole: «Dispon de lo mío como si fuera tuyo.»

Apegado al rincón de tierra que lo había visto nacer, vivía tranquilamente, fumando y sonriendo, recibiendo de cuando en cuando la noticia de que le habían llegado algunos centenares de miles de francos, y el día en que le dijeron que ya era poseedor de un millón, escribió simplemente á su hermano: «Gracias. Cárlos, eso será para tus hijos.»

Y dicho esto, olvidó que era rico y no cambió en nada su modo de vivir, quedándose con sus toscos vestidos, como un campesino que teme las innovaciones de las ciudades. Sus estudios se limitaban á unas pocas lecciones de teología que había recibido en su juventud, porque su padre, que era un católico ferviente, lo había destinado al servicio de Dios, pero sucedió que, á causa de la indecisión de su carácter, Guillermo no entró en las órdenes, ni se casó, y vivió con tranquilidad en la familia de su hermano. La reiterada lectura de los libros religiosos, única educación que había recibido, había dado á su lenguaje una forma mística que contrastaba con la sencillez campesina de su persona, y en esto consistía la única originalidad de Guillermo, que no tenía nada de notable mas que una gran sensatez y un buen corazón á toda prueba; en una palabra, era el tipo primitivo de su familia, mientras que su hermano era el último esalon, el ejemplo del

cambio ocasionado por la riqueza nuevamente adquirida.

Mad. Van Amberg, sentada como hemos dicho junto á una ventana, trabajaba en silencio. Su rostro conservaba todavía las señales de una grande hermosura: parecía débil y doliente. A la primera ojeada se descubría que había nacido lejos de la Holanda. Sus cabellos negros y su tez un poco morena revelaban un origen meridional. Cárlos Van Amberg había ejercido una dominación despótica sobre el carácter silencioso y sumiso de aquella débil criatura, que prefería el morir lentamente á exhalar la mas humilde queja.

Su mirada era profundamente triste, y un observador hubiera podido descubrir en ella que aquella mujer había sobrellevado en este mundo no solo las desgracias evidentes de su destino, sino otras desconocidas y ocultas cuyo recuerdo conservaba en su corazón.

Cristina, su tercera hija, se parecía á ella; morena también, formaba un contraste sorprendente con las fisonomías sonrosadas de sus dos hermanas.

Mr. Van Amberg no quería á Cristina. Frio y severo ya hasta cuando era tierno, se volvía cruel hasta el extremo para con las personas que no amaba: nunca Cristina había recibido un beso suyo: únicamente conoció las caricias de su madre, que se las prodigaba en secreto y bañadas de lágrimas; ¡estas dos pobres mujeres tenían que esconderse para amarse!

De cuando en cuando, Mad. Van Amberg tosía con fuerza. El húmedo clima de la Holanda conducía lentamente á la tumba á esa pobre mujer nacida bajo el cielo abrasador de la España. Sus melancólicos y grandes ojos se fijaban maquinalmente en el horizonte que solo desde hace veinte años contemplaba; en derredor de la casa no se veía mas que niebla y lluvia; Anunciación paraba su vista un instante en aquel espectáculo sombrío, y despues herida de un frío mortal volvía á tomar su labor.

Las ocho acababan de dar, y las dos jóvenes holandesas que, á pesar de su riqueza, servían á su padre, acababan de poner en la mesa el te y la carne salada, cuando Cárlos Van Amberg se volvió hácia su mujer preguntándola bruscamente:

—¿Dónde está vuestra hija?

Las inquietas miradas de Mad. Van Amberg no habían tenido otra causa que la de ver si descubría á Cristina entre la niebla del jardín.

A la pregunta de su marido, se levantó abrió la puerta, y apoyándose en la barandilla de la escalera que conducía al cuarto de su hija, la llamó dos veces diciendo:

—¡Cristina! ¡Cristina!

Luego palideció, viendo que nadie le respondía, y volvió á echar otra mirada á lo lejos, entre la niebla.

—Quitaos de allí,—le dijo con acento gruñón la vieja criada Gothón, agachada en las piedras del vestíbulo que había inundado de agua de jabón, y que frotaba fuertemente:—apartaos, señora, el frío aumentará vuestra tos, y la señorita Van Amberg está bien lejos de aquí; el pájaro se ha escapado antes de amanecer.

Mad. Van Amberg miró tristemente la pradera donde no se oía ningún paso, y el salón en que su marido irritado la esperaba; un instante despues entró, y fué en silencio á sentarse á la mesa, en cuyo derredor se hallaba ya todo el resto de la familia.

Nadie hablaba una sola palabra. Todos los ojos leían en la frente de Mr. Van Amberg que estaba descontento, y nadie se hubiera atrevido á cambiar el curso de sus ideas. Su mujer seguía con los ojos fijos en la ventana, prometiéndose descubrir algún indicio de la vuelta de su hija. Sus labios apenas tocaban la leche de su taza, y la evidente angustia en que se hallaba aumentaba la palidez de su triste semblante.

—Anunciación, amiga mía, tomad un poco de té,—le dijo su cuñado Guillermo,—el día está húmedo y lluvioso, y debéis calentaros un poco el pecho, que me parece no se halla en buen estado.

Anunciación se sonrió tristemente, y por toda respuesta llevó á sus labios el té que Guillermo la presentaba; pero el esfuerzo era demasiado penoso, é inmediatamente puso otra vez la taza sobre la mesa. Mr. Van Amberg no miraba á nadie, y comía con los ojos fijos en el plato.

—Hermana mía,—dijo Guillermo,—es un deber el cuidarse la salud, y ya que sabéis llenar tan bien todos vuestros deberes, ¿cómo podéis descuidar este?

Anunciación se ruborizó ligeramente al encontrarse con los ojos de su marido, que se habían vuelto lentamente hácia ella. Temblando y casi para romper á llorar, no trató de tomar nada mas, y volvió á reinar el silencio mas completo, como al principio del almuerzo.

De pronto se oyeron pasos en el corredor que precedía al salón: la voz de la criada murmuró entre dientes algunas palabras, y al mismo tiempo se abrió la puerta y Cristina entró.

Su vestido de indiana estaba mojado con la niebla, y traía los cabellos descompuestos por algunas ráfagas de viento: en su manteleta negra se veían brillar algunas gotitas de lluvia, y su semblante estaba rojo de vergüenza y de miedo. Sentóse en su silla vacía junto á su madre, inclinando la cabeza sobre su pecho; pero nada le fue ofrecido para almorzar.

El silencio continuó como antes.

Mad. Van Amberg, solícita y tierna como una madre, sacó de su bolsillo un pañuelo, con el cual enjugó la frente y los húmedos cabellos de Cristina, y la tomó las manos para calentarlas entre las suyas.

Mr. Van Amberg miró á su mujer por la segunda vez durante el almuerzo. Anunciación soltó en seguida las manos de Cristina, se guardó lentamente el pañuelo en el bolsillo, y con la cabeza baja como su hija, se quedó inmóvil. Mr. Van Amberg se levantó de la mesa. Una lágrima brilló en los ojos de la madre cuando vió que su hija no había comido nada; pero volvió á sentarse cerca de la ventana, y se puso de nuevo á trabajar.

Cristina se quedó en su sitio, en la misma actitud llena de vergüenza y temor. Las dos hermanas mayores se apresuraron á quitar los cubiertos.

—¿No estás viendo como Wilhelmina y María se ocupan de los cuidados de la casa? ¿Por qué no haces lo mismo?

A la voz de su padre, Cristina se levantó bruscamente, y tomando las tazas y la tetera, hizo varios viajes del salón á la cocina.

—¡Despacio! ¡vas á romperlo todo!—dijo Mr. Van Amberg;—las cosas se hacen con cuidado y sin precipitarse.

Cristina se paró, y se quedó inmóvil en medio del salón. Sus dos hermanas pasaban á su lado sonriendo, y una de ellas murmuró, pues nadie podía hablar alto en presencia de monsieur Van Amberg:

—¡Cristina no puede aprender los cuidados de la casa mirando las estrellas ó viendo llover!

—Vamos, señorita, todo lo estais emporcando, dijo la criada que acababa de entrar. Quitad ese vestido húmedo que echa á perder todos los muebles.

Cristina se quedó de pie en medio del salón, sin atreverse á hacer nada sin orden del dueño.

—¡Anda ves! le dijo Mr. Van Amberg.

La jóven se fué corriendo, subió la escalera, entró en su cuarto, y apoyándose en su cama, se puso á llorar. Mad. Van Amberg trabajaba en silencio, con la cabeza inclinada sobre su labor.

Cuando levantaron los manteles, Wilhelmina y María pusieron sobre la mesa de caoba una gran botella de cerveza, vasos, largas pipas y una buena provision de tabaco, y acercando dos sillones, Cárlos y Guillermo se sentaron.

—Subid á vuestro cuarto,—dijo entonces á su mujer Mr. Van Amberg con la voz imperiosa que acostumbraba cuando hablaba con ella,—porque tengo que hablar de negocios que no os interesan, mas sin embargo, no os alejéis por eso, porque voy á llamaros despues.

Anunciación se inclinó en señal de obediencia.



cia, y salió del salón. Wilhelmina y María se acercaron á su padre, el que besó silenciosamente sus hermosas cabezas rubias: los dos hermanos encendieron sus pipas y se quedaron solos.

—¡Carlos, hermano mio!—dijo entonces Guillermo poniendo ambos brazos sobre la mesa y mirando á Mr. Van Amberg,—antes de

hablar de negocios permíteme aunque te enfades, que desahogue un poco contigo mi corazón. Todo el mundo te teme en esta casa, y nunca quieres escuchar ningún consejo, cuando raro es el hombre que no necesita alguno.

—Hablad, Guillermo,—respondió friamente Mr. Van Amberg.

—En verdad, Carlos, me es imposible dejar

de decirte que tratas con mucha crueldad á tu esposa Anunciación. Dios manda que la protejas, y tú la dejas entregada á sus penas y acaso va á morir á tus ojos, sin que hagas el menor caso de ello. El mas fuerte debe sostener al mas débil. En el hogar doméstico no se deben usar sino palabras dulces para los extranjeros que vienen de lejos. El marido debe proteger



Los cocodrilos del Ganges.—El gran gavial.

á la que ha escogido para esposa, y yo creo que olvidas un poco todas estas cosas con respecto á tu mujer.

—¿Se queja ella?—respondió Mr. Van Amberg llenando su vaso de cerveza.

—No, Carlos; solo los fuertes se quejan ó se vengán. Un árbol cae con estrépito, una caña se dobla hasta el suelo sin que se sienta. No, no se queja á menos que no sea quejarse, el callar y obedecer siempre, estando mala, como una máquina inanimada. Has quitado la vida á esa pobre mujer!... ¡Un día cesará de moverse, y de respirar; pero ya hace tiempo que ha cesado de vivir!

—Guillermo, hay palabras inconsideradas que no se deben pronunciar sin reflexionar; hay juicios temerarios que se deben cal'ar para no esponerse á ser injusto.

—¿No sé yo tu vida tanto como la mia, Carlos, y no puedo hablar de ella sanamente y con conocimiento de causa?

(Se continuará.)

#### LOS COCODRILOS DEL GANGES.

Verdaderamente los saurios ó grandes lagartos de que vamos á ocuparnos pertenecen

al género de los cocodrilos que forman el subgénero llamado gavial, que ha recibido diversos nombres de los naturalistas, llamándole unos *gran gavial*, *cocodrilo mayor*, *largo rostro*, *gangetico*, *cocodrilo del Ganges*, etc. El gavial del Ganges es del color verde oscuro, el mismo color que tienen las grandes masas de agua, con numerosas manchas pardas oblongas é irregulares. El vientre es de color amarillo muy pálido ó blanquecino. El cuerpo total mide á veces, en los mayores, de cinco á seis metros de longitud.

Los cocodrilos gaviales no tienen en su mandíbula superior agujeros que den paso á ningún



diente inferior, pero en cambio tienen cuatro grandes escotaduras que surten el mismo efecto. La estrechez de sus mandíbulas es tan notable por su estrechez y exagerada longitud, que dan á la cabeza una estrechez y longitud muy exageradas, como puede observarse en el grabado adjunto. Mas bien que boca parece un pico recto, sub-cilíndrico, escotado en su parte baja y ligeramente ensanchado en su extremo, con bordes rectilíneos en las mandíbulas.

Los gaviales tienen mas dientes que los caimanes y cocodrilos, pues llegan de ordinario á 118 ó 120, iguales todos menos los cinco ó seis primeros pares, tanto de arriba como de abajo. El orificio esterno de las fosas nasales es triangular, y la membrana que cierra este orificio adquiere en ciertos individuos del género masculino una gran masa oval y cartilaginosa que lleva una cavidad interna dividida en dos por un tabique encontrándose su abertura de tras y un poco debajo. Lo mismo que en los cocodrilos, el párpado de los gaviales contiene en su espesor un rudimento de lámina ósea. Los pies posteriores de los gaviales están conformados como los de la especie de otro subgénero, es decir, que se hallan muy palmeados y que el borde posterior de la pierna lleva una cresta dentada. Sus placas cervicales forman una larga faja sobre el cuello, segun se ve en los caimanes y en una sola especie de cocodrilo. Las escamas de sus lados son planas y laterales, siendo bajas las quillas de las piezas óseas que forman la coraza dorsal; pero la cresta de la cola es muy alta casi en la totali-



Fernando III, el Santo.

dad de su longitud. La cabeza, en fin, de los gaviales, parece que se acortan á medida que crecen estos seres, fenómeno contrario del todo al que se observa en los caimanes y cocodrilos.

#### FERNANDO III, EL SANTO.

El reinado de D. Fernando III, llamado *el Santo*, es uno de los mas gloriosos que registra la historia de Castilla durante el grandioso período del siglo XIII. Correspondia la corona á su madre doña Berenguela; pero al morir el anterior monarca, D. Enrique I, por cierto en bien temprana edad, cedió aquella señora todos sus derechos en su hijo D. Fernando, quien fué proclamado en Valladolid, lo mismo por la nobleza que por el pueblo. Pero no faltaba quien se opusiese á esta determinacion, pues tomando las armas D. Alvaro Nuñez de Lara, salió al campo deseoso de arreglar el negocio de la sucesion conforme á sus deseos. El joven rey sabia, sin embargo, humillar la altivez del magnate, y al frente de un escogido cuerpo de tropas derrotaba las suyas rebeldes, le hacia prisionero, y solo le devolvía la libertad en cambio de todas las plazas y fortalezas que el de Lara poseia. Influió tambien quizá no poco esta victoria en el ánimo de los leoneses para que cuando se adjudicó á D. Fernando la corona de Leon, por corresponderle segun declaracion jurídica, le aceptaron por soberano esperando un reinado de los mas felices.

Así fue, en efecto, dándose á conocer el gobierno de D. Fernando por su justicia, su templanza y demas virtudes que le hicieron monarca santo, y sobre todo por las ventajas inmensas que logró sobre los moros, dueños todavia entonces de una buena parte del Mediodia de España.



Recuerdos de viajes.—Hipopótamo embistiendo una lancha.

Ayuntamiento de Madrid



La union de las coronas de Leon y Castilla en un solo monarca ponía á disposicion de este dobles fuerzas y recursos, y así pudo declarar la guerra á los africanos apoderándose de Ubeda y dirigiéndose contra la importante ciudad de Córdoba. Por medio de una sorpresa habia caído el arrabal de esta plaza en manos de cristianos; pero sus defensores no pudieron resistir los embates del grueso del ejército de D. Fernando, que, seguido de toda la nobleza y de los caballeros de las órdenes militares entró en ella concediéndoles una capitulacion honrosa. Victoriosas doquier las armas de D. Fernando, caian en su poder las plazas de Lorca, Mula y Cartagena en 1242, la muy importante de Jaen en 1244, y la todavia mas importante de Granada en 1245.

Solo restaba á este gran monarca, dice un historiador, apoderarse de Sevilla para asegurar sus conquistas, á las cuales servia de barrera el Guadalquivir. Sin embargo, era empresa arriesgada, pues Jaraf, su gobernador, la tenia bien fortificada, y por la mar estaba favorecida del rey de Marruecos. Conociendo estos obstáculos D. Fernando, pidió al rey de Granada los auxilios con que debia socorrerle como feudatario, y no solamente se los envió, sino que mientras reunia su infanteria rompió él mismo con 500 caballos, por las tierras de Sevilla, cubriéndolas de estragos. El rey, habiéndolos recibido, atacó luego á Carmona, que se le entregó, con lo cual quedó bloqueada la plaza por tierra: mandó despues á su escuadra que batiese á la del marroquí, y habiéndolo hecho con feliz éxito, quedó tambien la ciudad privada de todo auxilio por mar. No obstante, duró el sitio 16 meses, durante los cuales hicieron prodigios de valor su guarnicion y habitantes, y solo se rindieron cuando ya no tenían comestibles ni municiones: hallándose la ciudad abierta por todas partes, capitularon en 22 de Diciembre de 1248, de cuyas resultas salieron para Africa infinitas personas, quedando la plaza casi desierta; pero la vigilancia del conquistador la repobló en breve.—Dueño D. Fernando de todas las principales plazas del reino de Sevilla, desde el Guadalquivir hasta el Estrecho, y por lo tanto libre de temores, determinó pasar al Asia para coadyuvar con las Cruzadas á la conquista de la Tierra Santa; pero se le agravó la hidropesía que ya hacia algun tiempo le aquejaba, y en 31 de mayo de 1252 murió como verdadero penitente, recibiendo de rodillas sobre un lecho de ceniza, con una soga al cuello y despojado de todas las insignias reales, los últimos auxilios de la Iglesia. Por sus virtudes y celo en estender y defender la religion católica mereció ser colocado en el número de los santos por el pontífice Clemente X, con sumo regocijo de toda la nacion española.

#### RECUERDOS DE VIAJES.

Uno de los viajeros que mas recientemente y con mas intrepidez han recorrido hace poco el interior del Africa del Sur, refiere así lo que observó durante la ascension de uno de los rios mas caudalosos:

El dia 22 de agosto, dice, concluye aquí el invierno. Los árboles que crecen en las orillas empiezan á echar vástagos y flores, y las hojas presentan toda clase de matices, amarillo, de color de púrpura, cobrizo y hasta negro. Dirigiéndose hácia Sesheke la escena es hermosa, no obstante lo sombrío de la atmósfera, que es una consecuencia del invierno. Este triste peculiar de la atmósfera se observa todos los inviernos en Colobeng; pero no es tan perceptible en Londa como en el Sur, aunque siempre yo habia considerado se debía á las quemaduras que consumen anualmente centenares de millas de pastos. Como en el Norte se quema mucha mayor cantidad que en el Sud, y no se observa este tinte brumoso del invierno, preciso es buscar otra explicacion al fenómeno.

La abundancia de vida orgánica es sorprendente. Cuando el rio empieza á crecer, el *ibis religioso* desciende en bandadas, con un nú-

mero prodigioso de otras aves acuáticas. De dia algunas orillas aparecen blancas, á causa de la multitud de pelicanos; una vez conté hasta trescientos: otras, por el contrario, están cubiertas de patos negros (*Anas histrionica*); y una vez de un tiro maté catorce. Sobre la superficie se ve flotar un sinnúmero de paviotas (*Procellaria turtur*). La enorme cantidad de pajarrillos, que se alimentan de insectos, prueba que estos abundan tambien en el rio. Al andar por los matorrales de la orilla, soliamos sentir la picada de un abejon, que fabrica su nido, semejante al de nuestras avispas, y lo cuelga de las ramas de los árboles. Es tan fuerte el *stomoxys* en este insecto, que persigue durante veinte ó treinta varas á cualquiera que pasa rozándose con su nido; y su aguijon, que trata siempre de clavar cerca de los ojos, produce el efecto de una descarga de electricidad ó de un violento golpe, ocasionando de pronto insensibilidad, seguida inmediatamente del dolor mas agudo. Sin embargo, cuando está fuera del nido es tímido, y los becuanas le dan el nombre de *murotuani*.

Entre Nameta y Sekhosi encontramos tset-ses. Llama la atencion, revoloteando en la desnuda tierra, un insecto del tamaño de una pulgada, con las piernas largas que, semejante al tigre, se lanza sobre el tsetse y otras moscas, y despues de chuparles la sangre, arroja á un lado los cuerpos.

Dejé á Naliele el 13 de agosto, y á eso de mediodía un hipopótamo dió con la cabeza contra la canoa, cayendo de resultas al rio un indígena, y saltando los demás á la orilla, que solo distaba unas diez varas. Cuando volví los ojos, vi al animal asomar un momento á la superficie y mirar la canoa, como para cerciorarse del daño que habia causado. Era hembra, y su hijo habia sido alanceado el dia antes. Todo el mal se redujo á mojarse las personas y los efectos; pero aun así, el caso es tan raro cuando se tiene cuidado de ir cerca de la orilla, que mis compañeros exclamaban: «¿Está loco ese animal?» Eramos ocho en la canoa, y el sacudimiento que recibió muestra la inmensa fuerza del hipopótamo dentro del agua.

#### LAS FIESTAS DE BODAS

ENTRE LOS SALVAJES.

(CONCLUSION.)

«La luna oculta su frente en una nube; está avergonzada y sonrojada porque sale del lecho del sol. Así se ocultará y se sonrojará... al día siguiente de sus bodas, y nosotros la diremos: déjanos ver tus ojos.»

Los golpes del martillo, el ruido de las llamas, el chasquido de las ramas al romperse, las risas, los gritos y las canciones, se oyen á gran distancia, y las familias todas salen de sus aldeas para tomar parte en su regocijo.

Terminada la cabaña por la parte exterior, se la reviste con yeso por dentro si el pais lo proporciona, y con greda en defecto del yeso, arranca el césped que haya quedado dentro del edificio, y los obreros danzan en el suelo húmedo que bien pronto queda apisonado é igualado. Esteras de caña tapizan en seguida aquella área y las paredes de la habitacion, y en pocas horas se concluye una choza que con frecuencia encierra bajo su techo de corteza mas felicidad que la que se halla bajo las bóvedas de un palacio.

Al día siguiente se llena la nueva habitacion con todos los muebles y comestibles del propietario: esteras, escabeles, vasos de tierra y de madera, calderas, cubos, pernils de osos y dantas, tortas secas, gavillas de maíz y plantas para alimento ó remedios: estos diversos objetos se cuelgan en las paredes ó se colocan en tablas, y en un agujero guarnecido de cañas, se echa el maíz y la avenaloca. Los instrumentos de pesca, caza, guerra y agricultura, la esteva, los lazos, las redes hechas con la médula interior de la falsa palmera, los anzuelos, los dientes de castor, los arcos, las flechas,

los rompe-cabezas, las hachas, los cuchillos, las armas de fuego, los cuernos para llevar la pólvora, los chichikues, los tamboriles, los pitos, los calumets, el hilo de nervio de cabra, la tela de morera ó abelul, las plumas, las perlas, los collares, el negro, el azul y el bermellon para el adorno, una multitud de pieles, unas adobadas y otras con pelo: tales son los tesoros con que se enriquece la cabaña. Ocho dias antes de la celebracion del matrimonio, la jóven se retira á la cabaña de las purificaciones, lugar retirado donde las mujeres entran y permanecen por espacio de tres ó cuatro dias por mes, y donde van á parir. Durante los ocho dias de retiro, el guerrero comprometido, caza: deja la caza en el punto donde la mató, y las mujeres la cogen y llevan á la cabaña de los parientes para el festin de las bodas. Si la caza ha sido buena, se saca de ella un augurio favorable.

Llegado por fin el gran dia, los juglares y los principales saquems son invitados á la ceremonia. Muchos jóvenes guerreros van á buscar al desposado á su casa, mientras que otra porcion de doncellas van á buscar á la desposada á su cabaña. La pareja prometida se adorna con las plumas, collares y vestidos de pieles mas bellos, y de colores mas brillantes.

Ambas comitivas llegan al mismo tiempo, aunque por caminos distintos, á la choza del pariente mas anciano. Practicase una segunda puerta en aquella choza, en frente de la puerta ordinaria, y el esposo, rodeado de todos sus compañeros, se presenta por una de las puertas; la esposa rodeada de sus compañeras se presenta por la otra. Los saquems de la fiesta están sentados en la cabaña con el calumet en la boca. La nuera y el yerno se colocan en rollos de pieles, á una estremidad de la cabaña.

Entonces comienza en la parte exterior la danza nupcial, entre los dos coros que han quedado á la puerta. Las jóvenes armadas de un baston encorvado imitan las diversas operaciones de la labor, y los jóvenes guerreros hacen la centinela á su lado con el arco en la mano. Repentinamente sale de la selva un partido enemigo y se esfuerza en robar las mujeres, estas tiran su azada y huyen; sus hermanas vuelan á socorrerlas. Empénase un combate simulado, y los raptos son rechazados.

A esta pantomima suceden otros cuadros trazados con una viveza natural: esto es, la pintura de la vida doméstica, el cuidado de la casa, los quehaceres de la cabaña, los placeres y trabajos del hogar: dulces ocupaciones de una madre de familia. Este espectáculo termina por una rueda donde las jóvenes giran al revés de la carrera del sol, y los jóvenes guerreros segun el movimiento aparente de este astro.

La comida sigue despues, y se compone de sopa, caza, tortas de maíz y cañalíja, especie de legumbre, manzanas de mayo, especie de fruta dada por una yerba, pescado, viandas tostadas y aves asadas. Se bebe en grandes calabazas el jugo del arce ó del zumaque, y en pequeñas tazas de haya una preparacion de casina, bebida cálida de que se sirven como del café, consistiendo la esplendidez de la comida en la profusion de los manjares.

Despues del festin, la multitud se retira quedando solo en la cabaña del viejo pariente doce personas, seis saquems de la familia del marido, y seis matronas de la familia de la mujer. Estas doce personas, sentadas en tierra, forman dos círculos concéntricos describiendo los hombres el círculo exterior. Los cónyuges se colocan en el centro de los dos círculos y tienen horizontalmente cada cual por un cabo una caña de seis pies de largo. El esposo alza en la mano derecha una pata de cabra, y la esposa, eleva en la mano izquierda una gavilla de maíz. La caña tiene pintados diversos geroglíficos que marcan la edad de la pareja unida y la luna en que se celebra el matrimonio. Depositánse á los pies de la mujer los presentes del marido y de su familia, á saber: un adorno completo, el guardapiés de corteza de morera, el corsé de lo mismo, el manto de plumas de aves ó de piel de marta, las mocassinas bordadas de pelo



de puerco-espín, brazaletes de conchas y anillos ó perlas para las nárices y orejas.

A estos adornos para vestir se unen una cuna de junco, un trozo de agárico, pedernal para encender el fuego, el caldero para cocer las viandas, la correa de cuero para llevar las cosas de peso y la leña para el hogar. La cuna hace palpar el corazón de la esposa; el caldero y el collar no la espantan, pues mira con sumisión aquellas muestras de la esclavitud doméstica.

El marido no deja también de recibir su lección: una macana, un arco y un remo le anuncian sus deberes: combatir, cazar y navegar. En algunas tribus, un lagarto verde, de aquella especie cuyos movimientos son tan rápidos que apenas puede seguirlos la vista, y algunas hojas secas amontonadas en una cesta, dan á entender al nuevo esposo que el tiempo huye y el hombre cae. Estos pueblos enseñan la moral de la vida por emblemas, y recuerdan que la naturaleza ha distribuido á cada uno de sus hijos una parte de cuidados y deberes.

Encerrados los dos esposos en el doble círculo de los doce parientes, y declarando que quieren unirse, el mas viejo toma una caña de seis pies y dividida en doce pedazos entrega uno á cada uno de los doce testigos, los que están obligados á presentar su pedazo de caña, para reducirlo á cenizas, el día que los esposos pidan el divorcio.

Las jóvenes que han llevado á la esposa á la cabaña del mas viejo, terminan su acompañamiento con cánticos á la choza nupcial, y los guerreros á su vez conducen á ella al nuevo esposo. Los convidados á la fiesta vuelven á sus aldeas y echan pedazos de su vestido en los ríos, en sacrificio á los manitús, quemando una parte de su alimento.

CHATEAUBRIAND.

### LOS TRES RAMOS VERDES.

Había una vez un ermitaño que vivía en un bosque al pie de una montaña, pasaba el tiempo rezando y haciendo buenas obras y todas las tardes llevaba por penitencia dos cubos grandes de agua desde la ladera hasta la cumbre de la montaña para segar las plantas y dar de beber á los animales, pues reinaba en aquella altura un aire tan fuerte que todo lo secaba y los pájaros que huían en aquel desierto de la presencia del hombre, buscaban en vano agua que beber con sus perspicaces ojos. Un ángel del Señor se apareció al ermitaño para recompensar su piedad, y en cuanto concluía su tarea le daba de comer como á aquel profeta que era sustentado por los cuervos de orden del Eterno.

El ermitaño llegó así en olor de santidad hasta una edad muy avanzada, pero un día viéndolo á lo lejos un pobre pecador á quien llevaban al cadalso, se atrevió á decir:—Ya vas á pagar lo que has hecho.—Por la tarde cuando subió el agua á la montaña, no se le apareció el ángel como de costumbre, ni le trajo su comida. Atemorizado inquirió en el fondo de su corazón en lo que podía haber ofendido á Dios y no podía descubrirlo. Postróse en tierra y estuvo orando día y noche sin querer tomar alimento alguno.

Un día cuando estaba llorando amargamente en el bosque, oyó á un pájaro que cantaba con una voz tan melodiosa que no pudo menos de decirle:—¡Ah, pajarito, qué contento cantas! El Señor no está incomodado contigo. ¡Ay! si pudieras decirme en lo que le he ofendido, haría penitencia y volvería lá alegría á mi corazón.

El pájaro le contestó:—Has cometido una mala acción condenando á un pobre pecador que llevaban al cadalso: por eso está incomodado contigo el Señor, pues solo á El le corresponde juzgarle. Sin embargo, si haces penitencia y te arrepientes de tu pecado te perdonará.—

El ermitaño vió entonces al ángel del Señor delante de él con una rama seca en la mano. El ángel le dijo estas palabras:—Llevarás esta vara seca hasta que salgan de ella tres ramos

verdes, y por las noches cuando vayas á dormir, la colocarás debajo de tu cabeza. Mendigarás el pan de puerta en puerta y no permanecerás mas que una noche bajo el mismo techo.—Tal es la penitencia que te impone el Señor.

El ermitaño tomó la vara y comenzó á andar por el mundo que había tanto tiempo tenía olvidado. No vivía mas que de las limosnas que le daban á las puertas, pero con frecuencia no hacían caso de sus súplicas y mas de una puerta permanecía cerrada, de modo que pasaba días enteros sin tener una migaja de pan.

Un día en que había estado desde por la mañana hasta por la noche mendigando de puerta en puerta y no habían querido darle nada, ni aún dejarle pasar la noche en un rincón del pajar, fué á un bosque donde encontró un hueco abierto en una roca, en el que había sentada una vieja.—Buena mujer, la dijo, dejadme pasar la noche en vuestra casa.

—No, le contestó, yo no me atrevería aunque pudiera. Tengo tres hijos que son ladrones y si te ven aquí cuando vengan nos matarían á los dos.

—Dejadme entrar, dijo el ermitaño, no nos harán nada á ninguno de los dos.

La vieja tuvo compasión y se enterneció. El hombre se echó al pie de la escalera con su vara debajo de la cabeza. La vieja le preguntó por qué se ponía así, y la refirió que cumplía una penitencia y que debía ser su almohada aquella rama seca. La mujer exclamó llorando: ¡Ay! si Dios castiga así una simple palabra, ¿qué será de mis hijos cuando comparezcan el día del juicio delante de El?

A la media noche volvieron los ladrones haciendo mucho ruido. Encendieron una lumbre muy grande que iluminó toda la pieza de modo que no tardaron en ver al hombre echado debajo de la escalera: encolerizados dijeron entonces á su madre:—¿Quién es ese hombre? ¿Olvidas que te hemos prohibido recibir aquí á nadie?

—Dejadle, es un pobre pecador que hace penitencia de sus pecados, les contestó la madre.

—¿Qué ha hecho? preguntaron los bandidos; vamos, viejo, cuéntanos tus pecados.

Se levantó entonces y les refirió cómo por haber ofendido á Dios con solo una palabra, había tenido que someterse á una senda de espíacion. Los ladrones se conmovieron de tal modo al oír su historia, que se llenaron de terror al considerar su vida pasada: volvieron en sí y comenzaron á hacer penitencia con una sincera continuación.

El ermitaño, después de haber convertido á estos tres pecadores se echó á dormir debajo de la escalera. Pero al día siguiente le encontraron muerto, y la vara seca colocada bajo su cabeza había echado tres ramos verdes porque el Señor le había perdonado ya.

GRIMM.

### EL PALACIO DE RIOFRIO.

Doña Isabel Farnesio compró al marqués de Paredes en el año de 1751 el monte y dehesa de Riofrio, con el fin de levantar un palacio y habitar en él con su servidumbre siempre que su hijo político el señor don Fernando VI gustase de ocupar el de San Ildefonso de la Granja; mas este buen rey no pensó jamás darla el mas leve disgusto, ni alterar la quietud de su retiro, y así la permitió le ocupase tranquila trece años que fue la duración de su reinado.

Este palacio es un cuadro perfecto con cuatro puertas, la principal al Mediodía; sobre ella se ve el escudo de armas reales, sostenidas por dos genios de blanquecina y ordinaria piedra. Es obra de don Virgilio Rábago: el estuco, figuras y jarrones de Sexmini; mas no se concluyó hasta el reinado de Carlos III ni ha sido habilitado posteriormente por persona alguna. Los inteligentes tienen mucho que admirar en una escalera, que no reconoce igual en España, cuyo peso y el de toda la grande obra

está sostenida por solas ocho columnas de piedra berroqueña de una pieza cada una.

Tenia este palacio una hermosa capilla con su retablo de jaspes sanguíneos y las imágenes de blanco: en su mayor altura la Santa Cruz y á sus lados ángeles puestos de rodillas en acción de adorarla; á sus extremos dos jarrones dorados, mas abajo el Espíritu Santo en un gran óvalo, y en el centro las reliquias de San Frutos, que añadió el cabildo catedral de Segovia, á quien regaló este precioso retablo el señor don Carlos III en 17 de setiembre de 1782, y hoy se ve en el trascoro de la iglesia.

### UN SUEÑO DE QUINCE AÑOS.—

ROMANCE.

Era una noche apacible;  
una noche en que el deseo  
de amar y de ser amado  
es el solo sentimiento;  
era una noche de Junio  
en que los rayos serenos  
de la luna solitaria  
iluminaban el cielo,  
con su luz de transparentes  
melancólicos reflejos;  
una noche en la que apenas  
el misterioso concento  
que en los árboles produce  
al besarlos, blandó, el céfiro,  
se oía, y en la que todo  
inspira dulces ensueños...

En esta noche su imagen  
evocó mi pensamiento;  
y creí verla sonreírme  
con su boquita de cielo,  
fijos en mí, cariñosos  
sus rasgados ojos negros;  
y ví su pálido rostro  
tan dulce, tan hechicero...  
y su frente soñadora...  
y su breve talle esbelto...

Perdí la razón; y entonces  
soñé que contra su seno  
se apoyaba mi cabeza,  
y que los preciosos dedos  
de sus manos diminutas  
desrizaban mis cabellos...

Y sentí que sus dos brazos  
se ceñían á mi cuello,  
mientras sus labios de rosa  
depositaban un beso  
en mi frente... y su voz pura  
murmuraba un «¡Yo te quiero!»...

¡Oh! Cuanto gozó mi alma  
en éxtasis inmenso,  
y cuanto, por el contrario  
sufrió al volver de su sueño...  
¡Que triste ¡ay Dios! es la vida  
para quien siente en su pecho  
arder constante la llama  
del puro amor verdadero,  
y le comprende imposible  
en este mundo de cieno!...  
¡Que triste ¡ay Dios! es la vida  
para quien sueña despierto!...

JOAQUIN PONCE DE LEON.

### ECONOMÍA DOMÉSTICA.

LOS CLAVOS DE ESPECIA.

El *clavillo aromático*, árbol originario de las molucas, que en su país crece mucho, y en nuestras estufas solo llega á dos ó tres varas; tiene hojas oblongas, coriáceas y flores blancas dispuestas en corimbo terminal; el capullo seco constituye el *clavo de especia* del comercio, y el fruto es una baya violácea de la figura de una aceituna. La especie que produce este árbol era conocida de los griegos y romanos que la recibían de los árabes á los cuales se la vendían los chinos que navegaban en el archipiélago de





Toma de Sevilla por don Fernando III, el Santo.

las Molucas; pero cuando los portugueses y españoles ocuparon el Nuevo Mundo, el *clavo* fue traído al Oeste de Europa por los portugueses. Hacia mediados del siglo XVII los holandeses compraron al rey Ternate el monopolio del clavillo; estos comerciantes después de haber conquistado el dominio soberano del archipiélago de las Molucas, destruyeron los árboles del clavo en la mayor parte de las islas, limitando su cultivo á un corto número de localidades, á las cuales impedían con cuidado que llegaran los buques de otras naciones. Con el tiempo, sin embargo, fue burlada esta vigilancia, y se adquirieron clavillos para ir á plantarlos á las colonias de América. El clavo del comercio no es ni el fruto ni la semilla del árbol, sino la flor cogida antes de abrirse y cuando los cuatro pétalos están reunidos formando bóveda encima de los estambres y del pistilo; se le hace secar al sol, y se envía así á Europa. Entre nosotros se usa especialmente como condimento, para sazonar las carnes, aromatizar frutos confitados ó bebidas espirituosas. Los indios confitan el clavo con azúcar y hacen con él un manjar muy delicado; también lo usan como perfume, se frotan con él el cuerpo para calentar la piel, y le fuman mezclado con el tabaco. En medicina se usa como tónico, escitante y estomático; mantenido en la boca sirve para escitar la salivación; el aceite esencial que se saca por destilación es mas pesado que el agua, muy aromático y se suele administrar por gotas en las pociones cordiales; se introduce en las muelas cariadas para cauterizar el nervio dolorido, y se puede también usar en fricciones sobre la piel contra la parálisis y otras afecciones, pero se debe mezclarle con grasas. Si se deja á los capullos desarrollarse completamente, se obtiene por fruto una especie de drupa llamada *clavo madre* ó *madre de clavo*, mucho menos aromática que aquel. Como aroma, se usa mucho el clavo en perfumería para aceites, pomadas,

polvos y almohadillas de olor, etc.; los fragmentos de pedúnculos se llaman raíces de clavo, y sirven para los perfumistas, licoristas, etc. Los clavos de las Molucas, que son los mejores, se llaman *clavos ingleses*; son los clavos de que se ha extraído el aceite esencial; hacen los holandeses objetos de capricho, como collares, brazaletes, cestos, etc. El principio activo del clavo de especia parece que es la *caryofyllina*.

#### NOTICIAS Y CURIOSIDADES.

Los juguetes están á la orden del día. En todas las capitales cultas se abren cada día establecimientos de juguetes dedicados á los niños. El mas grandioso de España y que surte á otros muchos, es sin género alguno de duda, el llamado de *las Columnas*, establecido en Barcelona en la calle de la Princesa, con una concurrencia y aceptación extraordinarias. Encuéntrense allí juguetes de todas clases con extraordinaria baratura, en términos que supera al gran almacén de juguetes de París titulado *Paraíso de los Niños*.

#### BIBLIOGRAFÍA.

Con el título de *Vidas de los mártires del Japon*, redacta D. Eustaquio María de Nenclares, y publica el editor D. Antonio Perez Dubrull una obra que se dedica á reseñar principalmente las vidas de los cinco santos españoles, mártires, á saber: San Pedro Bautista, San Martín de la Ascension, San Francisco Blanco y San Francisco de San Miguel: todos de la orden de San Francisco, naturales de España; seguidos de una reseña biográfica de los veintidos restantes no españoles, y la de San Miguel de los Santos, confesor, de la orden de Trinitarios Descalzos, y español igualmente.

Esta obra, que contendrá además de las vi-

das, una reseña del acto de la canonización, la alocución de Su Santidad y esposición de todos los obispos reunidos en Roma (en latín y castellano) y un extracto biográfico de los señores prelados españoles que asistieron á él, constará de un tomo de 256 páginas en 4.º de excelente papel y tipos claros. Con cada *Vida* se da una lámina á dos tintas, representando al Santo en uno de los actos mas notables de su vida, y al final otra que representa el Calvario con 26 mártires. Se reparte por entregas de 16 páginas, cuyo precio es un *real* en Madrid, *real y cuartillo* en provincias, y un *real fuerte* en Ultramar; y concluida, su precio será el de 20 reales en Madrid, 24 en provincias y 40 en las Antillas, para los no suscritores.

Se suscribe en la imprenta de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6; librerías de Aguado, Olamendi, Lopez, Bailly-Bailliere, etc., y en provincias en casa de los comisionados de *La Esperanza*, ó bien dirigiéndose al editor de la obra, D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, acompañando al pedido su importe.

A los señores suscritores que abonen adelantado el importe de la obra, se les regalará al terminarla una magnífica lámina litografiada que representará el interior de la Basílica de San Pedro en Roma en el acto de la canonización verificada el 8 de junio último. Después de terminada la obra, el precio de la lámina será de 40 rs. para los no suscritores.

La primera entrega que se ha partido, contiene 16 páginas de hermosa impresión en 4.º, con una lámina que representa á San Pedro Bautista, comisario y jefe de los mártires, presentándose con el carácter de embajador de España al emperador del Japon. Después se ha publicado hasta la entrega 6.ª

Por todo lo no firmado J. GASPÁR,  
Editor responsable, Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publiidad, Pasaje de Matheu.

En Provincias, Etrangero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.